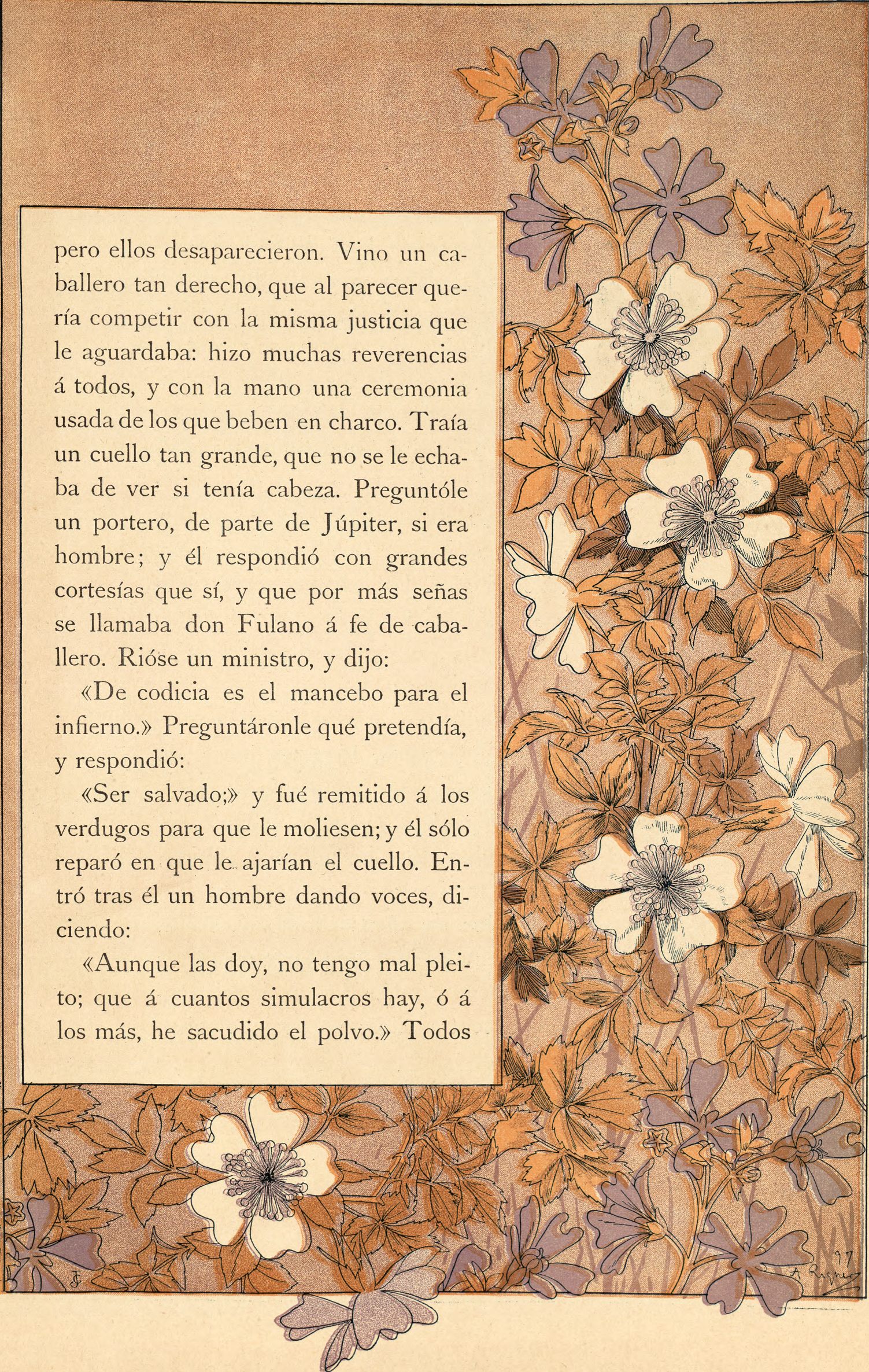


do lo que hay.» Juró de irse, y fuése sobre su palabra. En esto dieron con muchos taberneros en el puesto, y fueron acusados de que habían muerto mucha cantidad de sed á traición, vendiendo agua por vino. Estos venían confiados en que habían dado á un hospital siempre vino puro para los sacrificios; pero no les valió, ni á los sastres decir que habían vestido niños; y así, todos fueron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres ó cuatro extranjeros ricos pidiendo asientos, y dijo un ministro:

«¿Piensan ganar en ellos? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta, y no hay donde se asienten, porque han quebrado el banco de su crédito.» Y volviéndose á Júpiter, dijo un ministro:

«Todos los demás hombres, señor, dan cuenta de lo que es suyo; mas éstos de lo ajeno y todo.» Pronuncióse la sentencia contra ellos: yo no la oí bien,



pero ellos desaparecieron. Vino un caballero tan derecho, que al parecer quería competir con la misma justicia que le aguardaba: hizo muchas reverencias á todos, y con la mano una ceremonia usada de los que beben en charco. Traía un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenía cabeza. Preguntóle un portero, de parte de Júpiter, si era hombre; y él respondió con grandes cortesías que sí, y que por más señas se llamaba don Fulano á fe de caballero. Rióse un ministro, y dijo:

«De codicia es el mancebo para el infierno.» Preguntáronle qué pretendía, y respondió:

«Ser salvado;» y fué remitido á los verdugos para que le moliesen; y él sólo reparó en que le ajarían el cuello. Entró tras él un hombre dando voces, diciendo:

«Aunque las doy, no tengo mal pleito; que á cuantos simulacros hay, ó á los más, he sacudido el polvo.» Todos